

ORIGEN Y ESPÍRITU DE LAS ANTIGUAS PEREGRINACIONES *AD LOCA SANCTA*.¹

JOSÉ GONZÁLEZ LUIS
Universidad de La Laguna

SUMMARY

This paper is about the origin and spirit of the ancient pilgrimages to Holy Land between IVth and VIth centuries. Many factors may have contributed which were the cause of this popular pious movement, among which we have to remark the recuperation of Jesus' tomb and of the whole Golgota's area by influence of Constantin the Great, the starting point of the creation of an real biblical geography. But so important for the development of the pilgrimages became the participation of the emperor's mother, Helena, whom was attributed the invention of the cross by a legend which was created in the last years of the IVth century.

Es imposible precisar cronológicamente el desplazamiento semántico por el que la palabra *peregrinatio* pasó a significar viaje de devoción a un lugar sagrado o visita a un lugar santo, que es la acepción que obviamente utilizamos en el presente trabajo. Tampoco sabríamos fijar cuándo pro-

¹ El presente artículo recoge en líneas generales la conferencia que sobre el mismo tema fue impartida en el Centro Cultural de *Nôtre Dame* de Jerusalén el 17 de enero de 1992 dentro de las actividades programadas por el Instituto Español Bíblico y Arqueológico en dicha ciudad, dirigido a la sazón por el Dr. Don Florentino Díez Fernández, O.S.A.

piamente podríamos traducir el término *peregrinus* por "peregrino" en el sentido tradicional indicado, pues primitivamente este vocablo, lo mismo que el verbo *peregrinor* o el sustantivo correspondiente, designaba a quienes abandonaban su país de origen o se encontraban lejos de su patria, y no importa por qué motivo, es decir, inicialmente *peregrinus* significaba "extranjero",² e incurriríamos en grave error si lo entendiéramos de otra manera. Y por cierto, durante casi toda la Edad Media esta significación se conservará viva en el uso de los escritores como ocurre en san Jerónimo³ o en san Benito⁴ de modo que frecuentemente para referirse a visitas a los Santos Lugares no empleaban la palabra *peregrinatio* sino otros términos como *iter*, *via*. De ahí que los últimos editores del diario de Egeria⁵ han preferido designar su obra no ya con el título de *peregrinatio* sino con el de *Itinerarium*,⁶ y será el sentido de "extranjero" o "andar por tierras extrañas" el que prevalecerá y se prolongará incluso al producirse la fragmentación romance.⁷ Aún en tiempos de las Cruzadas no se

² *Peregrī, peregre*: "en el extranjero", "del extranjero"; y derivados y compuestos: *peregrinus, peregrino, peregrinatio* en Ernout-Meillet, *Dictionnaire Étymologique de la langue latine* s.v. (París 1967); también en Forcellini, *Lexicon totius latinitatis* s.v. Podríamos aducir numerosos textos, he aquí algunos por vía de ejemplo: Cic. *Tuscul.* V,107: *Iam vero exilium, si rerum naturam, non ignominiam nominis quaerimus, quantum tandem a perpetua peregrinatione differet...*; *De off.* 1,37: *Hostis enim apud maiores nostros is dicebatur, quem nunc peregrinum dicimus*; T. Livio I,41,3: *Et nos peregrini regnavimus...*; Valerio Max. VIII,7,6: *Quali porro studio Anaxagoras flagrasse credimus? Qui cum e diutina peregrinatione patriam repetisset possessionesque desertas vidisset, "non essem, inquit, ego salvus ne si ista periissent"*; Sen. *Ep. ad Lucilium* 2,2: *Nusquam est qui ubique est. Vitam in peregrinatione exigentibus hoc evenit, ut multa hospitia habeant, nullas amicitias*. En latín, además, al final de la República el vocablo *peregrinus* designaba una condición jurídica, *peregrinae conditionis homo* y por tanto existía un magistrado encargado de administrar justicia, sea entre ciudadanos y extranjeros, sea entre los extranjeros, que era el *praetor peregrinus*.

³ *Ep.* 71,5: *Ego enim tanta volumina prae frequentia commeantium et peregrinorum turbis relegere non potui*. Hace alusión Jerónimo a la multitud de extranjeros que aflúan a Jerusalén.

⁴ En la Regla de san Benito, cap. 53, paragr. 1º: *Omnes supervenientes hospites tamquam Christus suscipiantur... et omnibus congruus honor exhibeatur, maxime domesticis fidei et peregrinis*. Es claro que el sentido "extranjeros" corresponde a *peregrinis*.

⁵ Cf. AET. FRANCESCHINI-R. WEBER (ed.), *Itinerarium Egeriae. Corpus Christianorum. Series Latina* 175, Turnholt 1965.

⁶ Cf. BAUDOIN DE GAIFFIER, "Pèlerinages et culte des saints. Thème d'un congrès", *Études critiques d'hagiographie et d'iconologie*, Bruselas 1967, p.33.

⁷ En el *Diccionario medieval español* de M. ALONSO, s.v., hallamos: *peregrinar* "andar uno por tierras extrañas"; *peregrino* "aplicase al que anda por tierras extrañas".

disponía de una palabra especial para designar al peregrino, pues el término *peregrinus* retenía el sentido general de extranjero, exiliado o viajero. El cambio por el cual llegó a significar "viajero por devoción", que es la acepción más normal actualmente, debió ocurrir más o menos por esta época. En cualquier caso el poeta Dante ya distinguía netamente los dos sentidos cuando escribió que de dos modos se podía entender el vocablo "peregrino", en sentido lato en cuanto que es peregrino cualquiera que está fuera de la patria, y en sentido estricto no se entiende sino al que va a la casa de Santiago o retorna.⁸

1. Por influencia de la Biblia, desde luego, precedía una larga tradición favorable al mantenimiento de la primitiva acepción del término *peregrinatio*. Naturalmente este vocablo se prestaba bastante, junto a otros, para expresar y formular conceptos comunes del pensamiento cristiano como marcha, exilio, expatriación, emigración, etc., empleados en sentido alegórico, que serán temas reiterativos, importantes y constantemente enriquecidos por la literatura patristica y que, a la postre, marcarán profundamente la espiritualidad cristiana y en particular la vida monástica. En este sentido el primer peregrino fue Abrahán y a ejemplo del "Arameo errante" por analogía se desarrollará igualmente el tema del Éxodo. Así, la marcha del pueblo de Israel a la tierra prometida será signo del nuevo pueblo de Dios que camina a la patria definitiva, la Jerusalén celestial.⁹

Por consiguiente, a ningún lugar, por sagrado que sea, debería sentirse ligado el cristiano dado que se enfatiza el carácter de transitoriedad, según hemos señalado, y máxime cuando esta actitud básica se recomienda

Otra acepción, en sentido figurado, en los siglos XIII al XV, se refiere al que está en esta vida mortal y pasa a la eterna.

⁸ Cf. B. DE GAIFFIER, *art. cit.* p.34. Santiago de Compostela, tras el descubrimiento del sepulcro del Apóstol en el siglo IX se convertirá con Jerusalén y Roma en uno de los tres grandes centros de peregrinación cristiana en el mundo, véase *Guía del peregrino medieval* (traducción castellana de Millán BRAVO LOZANO), Sahagún 1989, p. 8 ss.

⁹ En la *Carta a los Hebreos*, sobre todo, en los capítulos 11 y 13 hallamos explícito este pensamiento relativo a la caducidad de la ciudad terrena frente a la expectación de la meta futura, y en otros escritos como, por ejemplo, en la *Carta a Diognetes*. Un estudio más detallado acompañado de referencias bibliográficas puede consultarse en William G. JOHNSON, "The Pilgrimage motif in the book of Hebrews", *Journal of Biblical Literature* 97, 1978, pp. 239-251.

como método espiritual a quienes se inicien en la vida ascética. Y en conformidad con esta manera de pensar, en efecto, el cristianismo proclamaba que Dios no estaba vinculado a lugar alguno. Recordemos a Esteban cómo en su diatriba con el judaísmo culmina atacando el templo de Jerusalén.¹⁰ Asimismo pensemos en el discurso de Pablo ante el areópago de Atenas:¹¹ "El Dios que creó el mundo no habita en templos hechos por la mano del hombre", y en el Evangelio, el mismo Jesús proclamó en varias ocasiones la caducidad del templo de Jerusalén, pues el culto agradable a Dios no está vinculado a una montaña, sea la de Samaria, sea la del templo jerosolimitano: "los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad".¹² Tal es la doctrina que desacraliza el espacio y el lugar y, en cambio, privilegia las disposiciones interiores de los creyentes. La tradición anterior a Constantino se oponía a asociar la divinidad con un lugar sagrado, pues de lo contrario podrían ser tachados de compartir las mismas opiniones que los paganos. Esta afirmación de la omnipresencia divina resultó una postura defendida fuertemente por los primeros apologetas cristianos.¹³ En realidad la misma noción de *loca sancta* aparece tardíamente en los escritores cristianos.¹⁴

2. Antes de desencadenarse el movimiento de piedad popular a Palestina se veneraban tradicionalmente los lugares santos del judaísmo y los sepulcros de los hombres justos del Antiguo Testamento. Simplemente esta tradición la heredaron los cristianos añadiendo probablemente aquellos sitios más representativos que recordaban los misterios principales de la vida de Jesús. Esto no entraba en contradicción con los principios expuestos anteriormente, pues todo ello se produciría insensiblemente sin solución de continuidad con la práctica tradicional. Las motivaciones que

¹⁰ Hch 7,48.

¹¹ Hch 17,24.27.28.

¹² Jn 4,20-24.

¹³ En Tert. *Apologeticum* 24,5 (ed. J.P. WALTZING, Les Belles Lettres, París 1929): *Colat alius Deum, alius Iovem, alius ad caelum manus supplices tendat, alius ad aram Fidei manus*; también en el *De spectaculis* 13,4 (Sources chrétiennes, ed. M. TURCAN, 1986): *Nec minus templa quam monumenta despuimus, neutram aram novimus, neutram effigiem adoramus, non sacrificamus, non parentamus*. Sobre la omnipresencia divina en Minucio Félix *Octavius* 10,2-3 (ed. KYTZLER, 1982).

¹⁴ Cf. F. HEIM, "L' expérience mystique des pèlerins occidentaux en Terre Sainte aux alentours de 400", *Ktema* 10, 1985, pp. 193-208.

impulsaron a los más antiguos peregrinos a dirigirse a Palestina no distaban mucho de la espiritualidad popular y más general que generaron las peregrinaciones después de Constantino. Han llegado hasta nosotros los nombres de los antiguos peregrinos que visitaron los Santos Lugares movidos por intereses críticos o exegéticos. Así, por ejemplo, conocemos el nombre de Melitón, obispo de Sardes, el cual hacia mitad del siglo II viajó a Oriente con la intención de visitar los lugares en donde se proclamó el Evangelio y transcurrió la vida de Cristo y al mismo tiempo informarse con exactitud de los libros del Antiguo Testamento.

Algunos decenios más tarde¹⁵ se mencionan dos peregrinos procedentes de Asia Menor, uno llamado Pionio, presbítero de Esmirna, y el otro Alejandro. Ambos dieron su vida en la persecución de Decio. De este último hace referencia su *martyrium* y describe la visita que giró a Palestina en la que recorrió toda la tierra palestinense. También por la misma época hallamos la tradición del viaje a Palestina del obispo Alejandro¹⁶ el cual emprendió el viaje desde Capadocia a Jerusalén por motivos de oración y estudio. Como dato curioso se nos ha transmitido que en su estancia fue aclamado obispo de Jerusalén, quedando primeramente asociado al anciano obispo Narciso. Semejantes motivaciones tuvieron las visitas de los grandes alejandrinos Clemente y Orígenes.¹⁷ La lista podría acrecentarse por vía de tradición, sin embargo, nos faltan documentos adecuados y fiables al respecto y nos sobran tradiciones locales legendarias.¹⁸ Fácilmente se desprende de todo ello que antes de Constantino solamente dirigían sus pasos a Palestina peregrinos procedentes de Asia Menor, Siria y Egipto. El movimiento popular y generalizado hacia Oriente desde Occidente comenzó más tarde y evidentemente más que deberse a una causa única encontramos múltiples factores que lo favorecieron. Podríamos enumerar algunos de ellos: las invasiones bárbaras, el traslado de la capital de Roma a Constantinopla, la particular atracción de ciudades tales como Alejandría, Antioquía o Jerusalén. Cada una de estas ciudades

¹⁵ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *HE* IV,26,14.

¹⁶ *Ib.* *HE* VI,11,2.

¹⁷ *Ib.* *HE* VI,19,16.

¹⁸ Cf. H. WINDISCH, "Die ältesten christlichen Palästina-pilger", *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, 48, 1925, pp. 145-158. E. BURGER, "Die Anfänge des Pilgerwesens in Palästina". Zur Geschichte der christlichen Frömmigkeit in den ersten vier Jahrhunderten. *Palästina-jahrbuch* 27,1931, pp. 84-111.

eran centros de riqueza y propaganda, y según los casos, ofrecían poder atractivo bien por el comercio, las ciencias, la religión o las tumbas veneradas.¹⁹

3. Conviene detenernos algo más en uno de los factores determinantes, aparte de los mencionados arriba, que concurrieron a poner en marcha las peregrinaciones occidentales a los Santos Lugares. Me refiero al hallazgo de la cruz por Elena, leyenda estrechamente imbricada con el nuevo posicionamiento y viraje de la política religiosa de Constantino y sus sucesores en favor del cristianismo.

3.1. El 17 de enero del año 395 murió Teodosio el Grande, y al mes siguiente, el 25 de febrero, en las postrimerías del siglo IV, el obispo de Milán, san Ambrosio pronunció la bellísima oración fúnebre al emperador cristiano que ha llegado hasta nosotros en el *De obitu Theodosii*.²⁰ En el discurso fúnebre Ambrosio aplicaba a los príncipes cristianos los textos bíblicos, el de *Isaías* 60,3 "caminarán las naciones a tu luz y los reyes al resplandor de tu alborada" y el de *Apocalipsis* 21,25 -que es una evocación del primero- "las naciones caminarán a su luz, y los reyes de la tierra irán a llevarle su esplendor".

Ambrosio interpretó en sentido escatológico los textos precedentes. A partir de Constantino eran alabados los emperadores cristianos, excepto Juliano, el único que abandonó al autor de la salvación y se entregó al error de la filosofía, y de entre ellos destaca a Graciano y a Teodosio.²¹

En ellos se cumplió, asevera Ambrosio, el presagio profético: "Caminarán los reyes en tu luz". Para el obispo milanés todos los príncipes cristianos y sobre todo Graciano y Teodosio estaban situados en la Jerusalén celeste, disfrutaban del premio conseguido en vida por su defensa del cristianismo, "príncipes cubiertos no ya de las armas militares sino de sus méritos, vestidos no del atavío purpúreo sino del velo de la gloria".²²

¹⁹ Vid. en DACL, t. XIV, col. 65 ss.

²⁰ *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* 73.

²¹ Ambros. *De obitu Theodosii* 51: *Inde reliqui principes Christiani -praeter unum Iulianum, qui salutis suae reliquit auctorem, dum philosophiae se dedit errori- inde Gratianus et Theodosius.*

²² *Ib.* 52: *Ambulabunt reges in lumine tuo. "Ambulabunt" plane ac maxime Gratianus et Theodosius prae ceteris "principes" non iam armis militum sed meritis suis tecti, non purpureum habitum sed amictum induti gloriae.*

Este comentario de Ambrosio si lo sacamos de su contexto parecerá normal y nada extraño, e incluso hasta esperado dado el carácter panegírico del discurso fúnebre, pero dentro de la estructura del discurso, lejos de ser un tópico literario, adquiere plena significación. El galardón alcanzado por Teodosio y los restantes príncipes cristianos, es decir, el haber llegado a la meta de su peregrinación tras la muerte, en la Jerusalén celeste, patria definitiva en la concepción ambrosiana, resultaba una herencia de fe legada por Constantino.²³

Mas curiosamente, en la oración fúnebre, Ambrosio incorporaba el esquema más primitivo de la leyenda de la invención de la cruz por la emperatriz Elena, la madre de Constantino "pues vino Elena -afirma- y descubrió los santos lugares y el espíritu le inspiró a fin de que encontrara el madero de la cruz".²⁴ Y más adelante continúa Ambrosio: "La muy inspirada Elena, que coronó con la cruz la cabeza de los reyes para que la cruz de Cristo se adorara entre los reyes ... y se convirtiesen en predicadores los que solían ser perseguidores".²⁵ Hace ya tiempo que se había observado la desmesura de la parte final del discurso ambrosiano puesto que el orador en el párrafo 33 anunciaba que iba a concluir con la peroración y sin embargo se alarga de forma desmedida hasta el párrafo 56. A primera vista ello aparecía como una ruptura de la práctica oratoria.²⁶ Por lo cual Laurand apuntó tras el análisis del texto que se trataría de una digresión o excursus que Ambrosio añadió posteriormente en el momento de su publicación, pero definitivamente estamos en condiciones de afirmar que el discurso *De obitu Theodosii* conserva su unidad en todas sus partes y la leyenda de Elena está integrada perfectamente en el conjunto de tal manera que esa misma extensión (los párrafos 41-56) lo convierte en una pieza maestra y antológica entre los discursos de Ambrosio y otros

²³ *Ib.* 40: *Post se hereditatem fidei principibus dereliquit (sc. Constantinus).*

²⁴ *Ib.* 43: *Venit ergo Helena, coepit revisere loca sancta, infudit ei spiritus, ut lignum crucis requireret.*

²⁵ *Ib.* 48: *Sapienter Helena, quae crucem in capite regum locavit, ut Christi crux in regibus adoretur ... ut sint praedicatores, qui persecutores esse consueverant ...*

²⁶ Es posible en la *peroratio* terminar con una *digressio*, según expone Cic. *De or.* 2,312: *Itaque vel re narrata et exposita saepe datur ad commovendos animos digrediendi locus, vel argumentis nostris confirmatis vel contrariis refutatis vel utroque loco vel omnibus, si habet eam dignitatem atque copiam, recte id fieri potest. Cf. W. STEIDLE, "Die Leichenrede des Ambrosius für Kaiser Theodosius und die Helena-Legende", *Vigiliae Christianae* 32, 1978, 94-112.*

paleocristianos.²⁷ Constantino y su madre son elogiados en el discurso, pues ambos fueron providenciales por sus intervenciones: "El bienaventurado Constantino que tuvo una madre tal que consiguió el favor divino en pro del gobierno de su hijo de modo que en su reinado se sintiese seguro en la guerra y se viera libre de peligros. Gran mujer que le procuró mucho más lo que convenía al emperador que lo que recibía de él. Madre preocupada por su hijo, a quien se le encomendó el imperio romano, corrió presurosa a Jerusalén y buscó el lugar de la pasión del Señor".²⁸

De ahí la interpretación ambrosiana respecto a la glorificación de Teodosio: *Manet ergo in lumine Theodosius ...*²⁹ "permanece en la luz Teodosio" pues se cumplió el anuncio profético porque en el ejercicio y actividad imperial en el mundo continuó la herencia de la fe que había iniciado Constantino con el signo de la cruz mas ahora lograba en la Jerusalén celestial la quietud eterna.

Pues bien, a la invención de la cruz se le otorgó una altísima significación. Representaba una nueva teofanía o una nueva manera de hacer visible la salvación. Los clavos de la cruz fueron enviados para proteger y servir de escudo al emperador. En consecuencia, los fragmentos del madero santo eran considerados como talismán protector y signo inequívoco de la cristianización del Imperio. En ninguna otra parte de su obra como en este discurso Ambrosio vincula tan estrechamente la invención de la cruz a la historia del cristianismo.³⁰

Hallamos en el discurso de Ambrosio una presentación esquemática y original de la leyenda de la cruz descubierta por Elena. Siete años más tarde de la oración fúnebre en una carta de fecha 402/403 que dirigió Paulino de Nola a su amigo Sulpicio Severo, encontramos una versión más amplia y elaborada de la misma leyenda. Y a propósito de esta misi-

²⁷ Véase el art. citado de W. STEIDLE, "Die Leichenreden des Ambrosius...", p. 112.

²⁸ *De obitu Constantini* 41: *Beatus Constantinus tali parente, quae imperanti filio divini muneris quaesivit auxilium, quo inter proelia quoque tutus adsisteret et periculum non timeret. Magna femina, quae multo amplius invenit, quod imperatori conferret quam quod ab imperatore acciperet. Anxia mater pro filio, cui regnum orbis Romani cesserat, festinavit Hierosolymam et scrutata est locum dominicae passionis.*

²⁹ *De obitu Theodosii* 39.

³⁰ Véase STEIDLE, *art. cit.*, *Vigiliae Christianae*, 32, p.101: "...nirgends aber, ausser bei Ambrosius wird die Kreuzauffindung so eng mit Geschichte der Christentum verbunden".

va, el emisor hacía referencia a una reliquia de la cruz la cual, como obsequio, le había traído la peregrina Melania en la visita que hizo a Nola por el año 399. De Jerusalén la trajo consigo Melania que aseguraba haberla recibido del obispo Juan II. Paulino sostenía la historia de la cruz encontrada después de la pasión según la versión de Melania, pues ésta había vivido recientemente estos acontecimientos en el mismo escenario de los hechos.³¹ Eran noticias de primera mano que procedían de Jerusalén en donde se descubrió la cruz. Y ello quiere decir que la transmisión de la leyenda no surgió antes del año 378, justamente en el tiempo en el que Melania estuvo en Jerusalén y seguramente que comenzaría a circular antes del 395.³²

3.2. La historia de la invención de la cruz atribuida a Elena apareció repentinamente a los sesenta años de su muerte, pero tal fue el significado de su vinculación con el *lignum crucis* y con la tradición del hallazgo en la devoción de los peregrinos y en el culto de los santos lugares que se le asoció casi exclusivamente a dicha leyenda dejando en la penumbra el recuerdo de la figura histórica de tan ilustre peregrina.

Pero ¿dónde se originó la leyenda? La teoría de que la leyenda de la cruz se constituyó primero en Occidente y luego penetró secundariamente en Oriente gracias a la traducción griega de los libros *originales* de Rufino sobre la Historia Eclesiástica, no puede sostenerse. Pues si bien es verdad que en fecha contemporánea a la carta aludida de Paulino (402/03), Rufino de Aquileya tradujo y completó en Italia la historia de la iglesia de Eusebio y en el primer volumen de la continuación ya contenía la leyenda de Elena, podría el propio Rufino haber manejado los dos volúmenes de la fuente griega preexistente, es decir, la historia de la iglesia de Gelasio de Cesarea.³³ Este, sobrino de Cirilo de Jerusalén y desde el 367 obispo de Cesarea, como lo había sido Eusebio, murió en el año 395. Según una tradición fidedigna Cirilo encomendó a su sobrino proseguir la historia de Eusebio a cuya tarea se entregaría lo más tarde en el 386.

³¹ Cf. *Ep. ad Severum* (CSEL 29,267/75 HARTEL).

³² Cf. Stefan HEID, "Der Ursprung der Helenalegende im Pilgerbetrieb Jerusalems, *Jahrbuch für Antike und Christentum*, Jahrgang 32, 1989, 41-71.

³³ Cf. *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastiques* 20 (1984) col. 300, art. "Gélas évêque de Césarée de Palestine".

Así que, en cualquier caso, Rufino pudo haber tenido conocimiento de este tema en la historia eclesiástica de Gelasio.³⁴

Tampoco parece probable que la leyenda dependiera de círculos clericales de Oriente, según opina Brett, círculos preocupados por el futuro de la iglesia tras la muerte de Constantino. En tal caso la función del relato tendría carácter propagandístico y contribuiría a realzar el prestigio de la iglesia.

Seguramente el ámbito en el que surgió la leyenda, lo hemos mencionado arriba, habría que buscarlo en Jerusalén en relación con la piedad local de los peregrinos. Efectivamente no pudo ser otro el ámbito donde surgió el relato legendario que en la propia celebración festiva de la invención de la cruz y en conexión directa con el rescate de toda el área en donde se desarrollaron los acontecimientos de la pasión del Señor. La leyenda emanaba del lenguaje popular y alentaba los intereses religiosos de los nuevos peregrinos. En resumen podemos afirmar que la tríada *Sepulcro-la Cruz-Elena* representan las tres fases en el desarrollo orgánico de la leyenda, fases que, a su vez, se relacionaban con la fiesta de la dedicación de la Iglesia y con la de la invención de la cruz.

Más admirador de Constantino que Ambrosio, lo fue, sin duda, Eusebio de Cesarea y mucho también admiraba a Elena, la piadosa madre del emperador, la hija del posadero de Bitinia la cual contrajo matrimonio con el lívido Constancio -de ahí el sobrenombre de Cloro-, pues el emperador había iniciado la dinastía que concedió libertad y tolerancia a la iglesia. Efectivamente, Eusebio dedicó a Constantino un panegírico y una vida. En esta última nos narró las reflexiones de Constantino después de la declaración de guerra hecha a Magencio (*Cf. Vita Constantini* 27 ss.). Refiere que un día después del mediodía en el momento en que el sol declinaba hacia el horizonte, una cruz luminosa se le apareció en el cielo encima del astro con esta inscripción: *con este signo triunfarás*. Esta aparición le causó una profunda extrañeza y también a todos los soldados que le seguían (no sé donde se hallaba) y que fueron testigos del prodigio. Y se preguntó qué significaba aquel signo. Durante el tiempo que estuvo absorbido en estas meditaciones, sobrevino la noche, entonces Cristo

³⁴ Por lo visto los libros de Rufino que continuaron la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea no eran tan originales pues pudo haber utilizado los dos volúmenes de Gelasio.

Dios se le apareció en el sueño con el mismo signo que se había mostrado en el cielo. Entonces ordenó hacer una imagen militar semejante al signo celeste y llevarla al combate donde sería garantía de protección. Y él, levantándose rápidamente se lo comunicó a sus amigos, luego llamó orfebres, a quienes les hizo la descripción de la imagen y les dio orden de fabricar una semejante de oro y piedras preciosas.³⁵ Se trata del *labarum* o estandarte, emblema de los emperadores cristianos.

3.3. Eusebio compuso la Vida de Constantino en el año 337 y no mencionaba nada respecto al hallazgo de la cruz por Elena, ¿acaso ignoraba la leyenda? Pues anotábamos arriba la importancia que concedía a la cruz en la visión de Constantino. Tampoco éste, el emperador, escribiendo a Macario, obispo de Jerusalén, mencionaba a su madre; pero Eusebio sí que ponía de relieve la presencia de Elena en Belén y en el monte de los Olivos, en cambio guardaba silencio acerca de las excavaciones efectuadas en el Calvario. Por su parte el peregrino de Burdeos que realizó su viaje a Jerusalén en el 333³⁶ registraba en sus escuetas notas el movimiento de la ciudad y las nuevas construcciones, sin embargo nada dice de la cruz. En el 335 Eusebio vino a Jerusalén y en el 347 Cirilo de Jerusalén atestigua desde entonces la veneración de la cruz. Señala el deseo de los fieles de procurarse reliquias de la cruz, "ya -dice- todo el mundo está lleno de fragmentos de la cruz de Cristo".

Claramente se han observado divergencias entre los relatos sobre el hallazgo de la cruz ofrecidos por Ambrosio, Paulino y Rufino. San Juan Crisóstomo (*In Joh. homil.* 84,1) mencionaba el hallazgo en el año 390 pero no se refería a Elena.

De las excavaciones llevadas a cabo en Jerusalén aparecieron tres cruces, la del medio llevaba el título mencionado en los evangelios, y no había duda posible para su identificación: "La cruz del Señor fue reconocida en primer lugar por el hecho de que estaba en medio e inmediatamente identificada gracias al título".

³⁵ En *Eusebius Werke* I, (Ivar A. HEIKEL, Leipzig 1902). La visión de Constantino aparece recogida en varios testimonios: en Lactancio *De mortibus persecutorum* 44 y en otros (cf. H. LECLERCQ, *Constantin*, DACL III.

³⁶ La datación del 333 d. C. se deduce del nombre de los cónsules citados en *Itin. Burd.* 571,6-8.

Otras variantes de la leyenda hallamos en Rufino y Sócrates pues aseguraban que a la llegada de Elena a Jerusalén no se recordaba ya el lugar de la crucifixión, pero Dios le inspiró y se excavó en el lugar indicado por ella. En el sitio excavado se encontraron tres cruces y una inscripción, pero nadie reconocía cuál de ellas era la cruz de Cristo. El título se había desprendido y el obispo Macario ordenó traer a una mujer moribunda que en contacto con la tercera cruz recuperó la salud. Entonces Elena mandó construir una basílica. Una nueva variación de la misma presentaban Paulino de Nola en el año 402 y Sulpicio Severo. En esta versión Elena preguntó a los notables judíos y cristianos y según sus respuestas concordantes se emprendieron las excavaciones del Gólgota y una vez encontradas las tres cruces fue la misma Elena y no Macario quien mediante un milagro (la resurrección de un muerto en contacto con una de las cruces) identificó la cruz de Cristo.

En resumen, resulta que el testimonio de Ambrosio nos presenta un texto por defecto y esquemático al que podemos aplicar el principio que rige en el desarrollo de los textos hagiógrafos: *fama crescit eundo* "en la divulgación aumenta la fama". La estructura o presentación de la leyenda ofrecida por Paulino y Rufino parece confirmar el citado principio. Pues la leyenda aparece más elaborada y amplia en esta última versión puesto que introducía la identificación de la cruz de Cristo mediante un milagro que Ambrosio, por supuesto aún desconocía. Por ello sugiere C. Andersen³⁷ la idea de que tratándose de una oración fúnebre desgarradora y sin duda política por qué no buscar el origen de la misma en Occidente, muy cerca de Roma o por qué no ver en ella intereses propagandísticos de la casa imperial y aun el contenido básico podría proceder de allí, para después, finalmente, difundirse en Constantinopla merced al episodio del encuentro de los clavos de Cristo. En todo caso el origen oriental de la leyenda resulta más ampliamente aceptado.

3.4. Lo que realmente pasó lo desconocemos, pero es claro que debajo de estos relatos legendarios, cuya finalidad está abierta a cuantas interpretaciones e hipótesis pudieran todavía formularse, subyace un fondo histórico real, que a grandes rasgos y simplificando mucho podemos fácilmente deducir: a comienzos del siglo IV el estado del Santo Sepulcro era lamentable. Se habían cubierto de escombros los lugares de la pasión y un

³⁷ Cf. Stefan HEID, *art. cit.*, p. 42.

templo a Venus había reemplazado el santo sitio desde hacía tiempo en el marco del nuevo trazado de la *Aelia Capitolina* a consecuencia de la destrucción del año 135.

Constantino ordenó desescombrar y mandó construir una basílica cuyos gastos correrían a cargo de los gobernadores de las provincias orientales.³⁸ En los trabajos efectuados se encontró la gruta donde estuvo enterrado el Señor. Se limpió de escombros y una carta imperial encargaba al obispo de Jerusalén Macario de velar por la magnificencia del edificio cuya construcción fue confiada al gobernador de la provincia llamado Draciliano.³⁹

4. En el año 335 la basílica del Santo Sepulcro estaba acabada y su dedicación fue celebrada solemnemente a la conclusión del Concilio de Tiro. Eusebio se complace en señalar el esplendor de la celebración. Casi por estas fechas un peregrino de las Galias, tal vez un funcionario imperial, ya citado anteriormente, llegó a Jerusalén y consignaba en sus notas de viaje las principales curiosidades. Inició el viaje en el 333 y atravesó Europa entera. Y parecía no tener mucha prisa en dirigirse a Jerusalén, pues permaneció seis meses en Constantinopla. Hasta llegar a Palestina apenas recogió esquemáticamente las etapas y paradas (*mutationes* y *mansiones*),⁴⁰ primero en leguas galas y luego en millas romanas; mas solamente al llegar a Palestina registra lacónicamente algunas noticias de interés y en todo caso siempre faltas de emoción e imaginación. Describe lo que veía, probablemente todavía mucho del primitivo trazado de la *Aelia Capitolina* de Adriano. Nos hace notar la casa de Caifás, la columna de la flagelación, el pretorio de Pilato, y después anota: "a la izquierda se encuentra el montículo del Gólgota donde Cristo fue crucificado. A un tiro de piedra la gruta en donde su cuerpo fue depositado y donde resucitó al tercer día. Hoy por orden de Constantino ha sido elevado en este

³⁸ Vid. en DACL, tomo III, col. 3134.

³⁹ Cf. *De vita Constantini* 1. III, c.26 ss.; Paul MICKLEY, "Die Konstantin-Kirchen im heiligen Lande", *Das Land der Bibel*, Band IV, 3/4 (Leipzig 1923), pp.1-56.

⁴⁰ *Mutationes-mansiones* eran términos del código militar-postal romano. La documentación escrita de *mutatio* en el significado de "estación de correo" o etapa donde tenía lugar el cambio de los animales de transporte es tardía. Más documentado es el término *mansio* con el significado de "deversorium, hospitium, castra, statio" para pernoctar. Cf. Celestina MILANI, "Structure formulari nell' *Itinerarium Burdigalense* (a.333)", *Aevum* 57,1983, pp. 99-108.

lugar una basílica de una belleza admirable teniendo cerca de ellas cisternas a las cuales se sube el agua. Detrás hay un baño donde se lavan los niños. De ahí se asciende al monte de los Olivos donde el Salvador enseñó a sus apóstoles antes de la pasión (se refiere a la "gruta del adoctrinamiento"⁴¹). Allí ha sido elevada una basílica por orden de Constantino".⁴²

Desconocemos si el peregrino de Burdeos esperó en Jerusalén a la inauguración del Santo Sepulcro el 14 de septiembre del año 335. Lo cierto es que el año anterior y principios del mismo año de la dedicación, contemplaría prácticamente concluida la basílica y por descontado que sería testigo del cambio de fisonomía que experimentó la Jerusalén de Adriano y sus alrededores debido a la sustitución de los cultos paganos introducidos tras su destrucción por otros lugares cristianos. Así surgieron santuarios memoriales cristianos en puntos precisos de la ciudad, en el Gólgota, en la explanada del templo etc. y también en Belén; además habría que añadir el descubrimiento o a veces el redescubrimiento de nuevos lugares de devoción en todo el entorno que va a ser el punto de partida de la creación de una verdadera geografía bíblica.

5. A Eusebio es a quien debemos abundantes detalles de la gran influencia del emperador en la recuperación del Santo Sepulcro y del Gólgota por expreso mandato del mismo emperador y aún más podríamos agregar que el brazo tendido y largo de Constantino se hizo más eficaz con el de su madre, la emperatriz Elena, pues como fruto de su viaje a Palestina en el año 326 ordenó construir otras basílicas en Belén y en el monte de Los Olivos.⁴³

Probablemente nunca desaparecieron los recuerdos del Señor incluso en situaciones políticas adversas por lo que hay que matizar la opinión muy extendida según la cual solamente gracias a Constantino comenzó la afluencia de peregrinos a Tierra Santa. Es de suponer que no se interrumpieron las visitas a los lugares frecuentados por los judíos, como habíamos anticipado, y ello se manifestó en la tendencia a privilegiar sitios altamente tradicionales en la geografía bíblica y especialmente cuantos guardaban el recuerdo de hechos y de personas del Antiguo Testamento.

⁴¹ Se trata de una gruta en el lugar conocido como la Eleona.

⁴² *Itin. Burd.* 593,4; 594,1-6; 595,5-6.

⁴³ *Vid. EUSEBIO, Vita Constantini*, 41-43.

Lo que sí parece claro y evidente es que en las nuevas generaciones de peregrinos emergía una espiritualidad nueva, nuevos valores e intereses, ausentes en el pasado. Estos no habían aflorado antes debido no sólo a la situación política poco favorable, sino también a la evolución interna de la iglesia. Esta nueva espiritualidad contagiosa que animaba y empujaba al peregrino a los santos sitios, se manifestaba en vivencias de pura experiencia mística. El visitante se internaba en un mundo simbólico cada vez más desarrollado por el contenido y la significación que se confería a los lugares bíblicos.

6. No obstante, hay que distinguir diferentes tipos de peregrinos. Anteriormente hemos citado algunos de carácter sabio, preocupados sobre todo por el estudio y verificación de hechos históricos, pero que no excluían, como motivación profunda, la oración.

En la parte final del siglo IV es el momento en el que con la efervescencia religiosa se despertaron deseos de buscar los *ipsissima loca*, y esa inquietud desmedida condujo a localizaciones arbitrarias; pero eso poco importaba porque habían otras intenciones de tipo teológico que, pese a los excesos, permitieron a la iglesia canalizar y aprovechar este movimiento frente al paganismo.

Se han escogido a menudo lugares sagrados naturales: grutas, fuentes, árboles, rocas, montañas aisladas o imponentes, y con ello, aparte de localizar e identificar sitios que aparecían indeterminados en los textos bíblicos, se suplantaban antiguos lugares sagrados del paganismo.

Puede notarse el mismo fenómeno respecto a las tumbas de los santos en la medida en que desempeñaron una función importante en la lucha frente al paganismo grecorromano y paralelamente la proliferación de las reliquias de los santos y el recurso excesivo al milagro como aspectos negativos.

Pero no todos los lugares gozaban del interés general. A aquellos sitios que presentaban un mayor poder simbólico y evocador para los visitantes se les llenó de contenido y significación. Tal es el caso de la colina del Gólgota. En ella confluían todas las valoraciones teológicas posibles, pues en esa zona se ubicaba el Santo Sepulcro. No en balde era la tumba de Cristo, el *martyrium* por antonomasia. Desde muy temprano se situó allí el "*ómphalos*" "ombligo" o centro del mundo. El lugar de la crucifi-

xión y muerte de Jesús se asociaba con el cráneo de Adán, con el monte Moria donde tuvo lugar el sacrificio de Isaac e incluso el de Melquisedec que prefiguraba el de la eucaristía. Todo esto se desarrolló entre los siglos IV y VI. Se trataba de localizaciones eminentemente simbólicas, de gran fuerza evocadora y al mismo tiempo de índole ilustrativo y pedagógico para los peregrinos.

7. Lo hemos mencionado con respecto a las reliquias de la cruz, el peregrino y también las iglesias rivalizaban por adquirir reliquias pues la posesión de las mismas acrecentaba la importancia y categoría eclesiástica de una ciudad. A veces las iglesias rivalizaban en este aspecto no sin utilizar para su propio beneficio los argumentos "milagrosos" que hemos encontrado en el contexto de hallazgos inspirados.⁴⁴

A veces la elección de muchos sitios era fruto más bien de la fantasía y de la imaginación de las gentes y más aún de guías locales, quienes estaban obviamente interesados en la apropiación de tal o cual localización cuando se disputaba entre dos o varios puntos geográficos. Ni siquiera los monjes peregrinos se veían libres de semejantes fantasías e ingenuidades, evidentemente no por las mismas razones, sino porque carentes, la mayoría de ellos de espíritu crítico e instruidos, cuando lo estaban, sólo en la Biblia que interpretaban de una manera excesivamente literal, contribuyeron en igual medida a la proliferación y ubicación de lugares bíblicos. Sabemos por el *Itinerarium Egeriae* que gran parte del trabajo con los peregrinos estuvo en manos de monjes también peregrinos, los cuales recorrían las sendas de Egipto a Mesopotamia. Se les designaba con el nombre de *deductores* a los que guiaban o conducían en los desplazamientos y con el nombre de *monstratores* o también *notores loci* a los que mostraban y explicaban los sitios. La presencia de ruinas se unía frecuentemente a recuerdos bíblicos, por ejemplo, Jericó y alguna casa cercana, era identificada como la casa de Rajab; las margas salinas con la estatua de sal, en la que se convirtió la mujer de Lot, (Jos 6,22 y Gn 19,26).

Es curioso observar que las localizaciones tendían a multiplicarse en las regiones de fuerte implantación monástica, hecho que sin sacar conclusiones fuera de lo conveniente, evidenciaba sin embargo cierta ingenua credibilidad, pues era más la atmósfera que se creaba en ciertas localiza-

⁴⁴ Cf. Pierre MARAVAL, *Lieux saints et pèlerinages d'Orient*, París 1985, p. 59 ss.

ciones que el lugar en sí mismo. No todos eran Jerónimos, el crítico y dado a la invectiva, el monje de Belén y peregrino excepcional.

8. Pues bien, en el siglo IV se inauguró el flujo constante y jamás interrumpido a Tierra Santa por el redescubrimiento de la tumba de Cristo, en la que los actores principales, como hemos dicho, fueron el emperador Constantino y el obispo de Jerusalén, Macario. La iglesia supo aprovechar como buen instrumento de política de cristianización este movimiento de piedad popular desencadenado espontáneamente. El pueblo cristiano hizo lo demás.

A continuación expondremos el espíritu o las motivaciones que impulsaron a los peregrinos a dirigir sus pasos a Palestina, a la luz de los testimonios, particularmente de los Itinerarios: 1º Para hacer oración: *causa orationis* o *gratia orationis*,⁴⁵ o para adorar. Esta expresión la encontramos frecuentemente en varios pasajes del *Itinerarium Egeriae*: en 13,1 cuando visita el sepulcro de Job, *propter uisendam memoriam sancti Iob "gratia orationis"*; 17,1 después de tres largos años desde que había llegado a Jerusalén cuando se disponía a retornar: *uisis etiam omnibus locis sanctis ad quos "orationis causa" me tenderam*; en 23,3 refiere el encuentro en Seleucia de Isauria con la diaconisa Martana conocida ya por Egeria en su estancia en Jerusalén, a donde ella misma había subido "para orar" *ubi illa "gratia orationis" ascenderat*; en 23,10 de Constantinopla, ya de vuelta, y donde seguramente habrá ordenado las notas de su diario de viaje para enviarlas a sus queridas monjas gallegas, les hace saber que tenía intención de visitar, en el nombre de Cristo, Éfeso, *propter martyrium sancti et beati apostoli Ioahnnis "gratia orationis."* 2º Para ver y tocar. El peregrino quería ver y tocar movido por una santa curiosidad. No es la oración lo específico porque como hemos visto en Egeria, no sólo en estos lugares santos el fiel podía rezar, también oraba en el *martyrium* de los santos. Las disposiciones que animaban a los peregrinos al visitar un lugar santo no eran solamente rezar sino también o principalmente ver, tocar. El ver es, en efecto, el primer deseo del peregrino, contemplar los lugares en los cuales se desarrollaron los acontecimientos bíblicos. 3º Para evocar, imaginar e instruirse en vistas a su propia edificación y provecho esencialmente espiritual. Se trata en otras palabras de recordar, actualizar

⁴⁵ En griego las expresiones equivalentes son: *eukhês héneken, eúkhesthai, proseúkhesthai*.

el acontecimiento que ha tenido lugar allí y apropiarse su valor salvífico según los casos. El vivir la liturgia en cada uno de ellos es una forma de actualización del acontecimiento salvador.

9. Hay que señalar, además, la peregrinación a las tumbas de los mártires, como hemos visto; a ellas también la mayoría de los peregrinos giraba visita, mas esta práctica cada vez se irá separando de las peregrinaciones a Tierra Santa, pues generará su propia espiritualidad distinta por supuesto, y a veces un tanto desviada por la búsqueda de lo milagroso.

Otro atractivo no menos importante para los peregrinos occidentales era el encuentro y contacto con los grandes personajes del monacato de Oriente. Todo ello parece estar combinado: "los peregrinos vivían una exaltante aventura mística, en primer lugar gracias al viaje mismo, naturalmente podemos imaginarlo duro y penoso y lleno de peligros. En segundo lugar merced al poder evocador de los santos lugares, amplificado por suntuosas liturgias y finalmente por el contacto con monjes de celebrada y notoria santidad, sabiduría y ciencia espiritual. El peregrino, pues, se internaba -repito- en un mundo simbólico, emprendía una verdadera aventura espiritual y los desplazamientos en el espacio geográfico eran a la vez figura e instrumento del progreso espiritual y ascético.⁴⁶

Escasos son los testimonios que poseemos al menos hasta el siglo VI, y en todo caso aislados y puntuales, y los que nos han llegado denotan más la preocupación por la geografía o toponimia de lugares que por las características devocionales de los peregrinos u otros aspectos psicológicos, para aventurarnos a diseñar una espiritualidad del peregrino y en general de las peregrinaciones. Fuera del ya citado *Itinerario burdigalense*, extremadamente lacónico, solamente nos ha quedado el también citado *Itinerario de Egeria* incompleto lamentablemente, que abunda, sin embargo, en detalles históricos, lingüísticos y exterioriza sus emociones en distintos pasajes. El *Itinerario* refleja el viaje realizado a Oriente por la monja gallega Egeria entre 381-384, y pese a estar redactado en primera persona, los sentimientos e impresiones personales los comparten igualmente todo el grupo, al parecer numeroso, que en ocasiones le acompaña. Y particularmente describe el entusiasmo de la multitud participando en la liturgia en los tiempos fuertes de la pasión del Señor.

⁴⁶ Cf. F. HEIM, *art. cit.*, p. 194.

La carta de Valerio abad⁴⁷ (de mitad del s. VII) a los monjes del Bierzo se deshace en alabanzas a Egeria que desde Finisterre, en la extremidad de la región occidental con intrépido corazón realizó un larguísimo viaje por todo el orbe. La bienaventurada Egeria más fuerte que todos los hombres del siglo (la pone como modelo para sus monjes). Egeria inflamada por el deseo de la divina gracia... y guiada por el Señor llegó a los sacratísimos y suspirados lugares del nacimiento, pasión y resurrección del Señor... y visitó los sepulcros de innumerables mártires, para hacer allí oración y encontrar motivo de edificación... finalmente llegó a la región de Oriente visitando con sumo deseo los gloriosísimos cenobios... de los santos monjes de la Tebaida y las santas celdas de los anacoretas... y visitó el Sinaí informándose de todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento y de los santos lugares...

La virgen Egeria no llevaba consigo otra guía que la Biblia, por eso, se ha subrayado el hecho de que el diario de viaje truncado comience justamente por: *...ostendebantur iuxta-Scripturas* "les eran mostrados según las Escrituras". Es una casualidad dichosa que nos da la tonalidad general del relato, porque son estas palabras las que definen el contenido del manuscrito: seguir paso a paso los lugares sirviéndose de guía de las Santas Escrituras.

10. El testimonio de Jerónimo,⁴⁸ aproximadamente en torno al 400 completa nuestro conocimiento sobre el espíritu de los peregrinos *ad loca sancta* y por más que lo consideremos perteneciente a la categoría de los peregrinos sabios y más críticos, nos dejó en sus cartas bellas páginas de su experiencia personal y de la de sus discípulas y seguidoras, la noble romana Paula y de su hija Eustoquia. En sus cartas aparece compartiendo los mismos sentimientos: siente un deseo imperioso e irresistible de venir a los santos lugares igual que manifestaba Egeria en su *Itinerario* pero los formula con mejor técnica o expresión literaria. Sabe, naturalmente, manejar con destreza y habilidad la exégesis alegórica para traer a colación con frecuencia el Salmo 131,7 "Postrémonos ante el estrado de sus pies", cuando necesita justificar su residencia en Belén y de atraer allí a sus alumnas. Al sacerdote Desiderio le advierte: "Venerar el sitio donde pisaron los pies del Señor forma parte de la fe, como haber contemplado

⁴⁷ Cf. A. ARCE, *Itinerario de la Virgen Egeria (381-384)*, Madrid 1980.

⁴⁸ Cf. *Ep.* 54,13; 58,1-4. (Ed. J. LABOURT, t.III, París 1953).

las huellas por así decirlo recientes del nacimiento, de la cruz y de la pasión.

Pero, por otro lado, he aquí la otra cara de la moneda, cuando critica el fausto o pompa imperial de cierta peregrinación en la *Ep.* 54 "Hemos visto hace poco un cortejo atravesar todo el Oriente". ¿A quién se refiere? Quizás se trate de alguna peregrinación de Egeria que con el nombre de Sylvania según Paladio fue escoltada por el todopoderoso Rufino de Aelia a Egipto. También en la carta 58, 1-4 escribe a Paulino: "No pienses que tu fe es deficiente de alguna manera porque no has visitado Jerusalén". Igualmente desaconseja las peregrinaciones a Jerusalén Gregorio Niseno, hermano de Basilio el Grande, célebre por su ciencia y piedad, y en general toda esta familia capadocia, en una epístola que dirigió a los monjes y monjas. Dicha carta fue utilizada en un contexto polémico por los reformistas protestantes en el siglo XVI. Lo que censuraba Gregorio no era cualquier peregrinación a Jerusalén sino ciertas visitas poco recomendables. Naturalmente que como siempre debió haber desviaciones y abusos. He aquí algunos trozos de la carta:⁴⁹ "cuando el Señor llama a sus elegidos a heredar el reino de los cielos no previó el viaje a Jerusalén entre las buenas acciones..." ¿Entonces por qué preocuparse? No entraba dentro del ideal monástico: era sobre todo poco recomendable para las mujeres. "Si la gracia fuera mayor en los sitios de Jerusalén, el pecado no sería tan habitual entre los que viven allí, pero hoy no hay ninguna especie de impureza que no se atrevan a cometer: fornicaciones, adulterios, robos, idolatría, envenamamientos, conspiraciones y asesinatos. Vosotros que teméis al Señor, alabadlo donde estéis. El cambio de lugar no procura en efecto ninguna relación con Dios, mas donde estuvierdes, Dios vendrá a ti, y si tu morada se encuentra dispuesta para habitar en ti, allí permanecerá. Pero si el hombre interior está lleno de pensamientos malos aunque estuvieras en el monte del Gólgota, o en las tumba de la Anástasis, estarías tan lejos de recibir a Cristo como aquellos que aún no lo conocen".

Para concluir, podemos decir, después de haber recorrido y buceado en el documentación existente y disponible, que diversos factores de distinta índole desencadenaron el movimiento popular de las peregrinacio-

⁴⁹ Véase P. MARAVAL, "Une querelle sur les pèlerinages autour d'un texte patristique (Grégoire de Nysse, *Lettre 2*)," (ed. PASQUALI) *Revue d'histoire et de philosophie religieuses* 66, 1986, 131-146.

nes a los santos lugares; también esta misma documentación nos hizo descubrir la teología de base que se detecta en dicho fenómeno o mejor se diría, la espiritualidad o espíritu del peregrino. Forzoso es declarar rotundamente que resulta difícil, por no decir imposible, formular una doctrina coherente como resultado de los testimonios y datos tan variopintos que conocemos sobre todo de los siglos IV al VI.

Es natural y nada tiene de extraño que sea así, solamente quisiera señalar la dificultad al respecto, dado que estamos refiriéndonos a un tipo de religiosidad popular en la que se mezclaban no pocos elementos irracionales: gestos de piedad, sentimientos y emociones religiosas, estados de entusiasmo colectivo, ingenuidades etc. que son apenas objetivables. Doctrinalmente hablando tampoco creo que se trate de un movimiento religioso reductible y comprensivo en cuanto contener en sí todos los elementos que la fenomenología de la religión asigna a la peregrinación religiosa. Seguramente desde el punto de vista fenomenológico no cumplen las peregrinaciones a Tierra Santa todas las condiciones. Pero no vamos a entrar ahora en este análisis.

Ciertamente las peregrinaciones a los Santos Lugares como movimiento de piedad popular nunca se interrumpieron y se mantuvieron vivas en todas las épocas y desde el siglo VI en adelante continuaron con más o menos intensidad según los vaivenes políticos. En todo caso, la Tierra Santa y Jerusalén en particular seguirán siendo por todas las edades símbolo e imagen de la tierra anhelada y de la Jerusalén celestial por la que suspiran los creyentes.